

Testigos del destino

Relatos para unos instantes

Miguel Mesa

Índice

Prólogo	9
Maná	11
Invasión	21
El hijo	29
Retorno al pasado	35
Transmutación	41
El asilo	51
Agua fuerte	59
Hasta donde aprieta la tuerca	63
Deber de obediencia	71
El clon de la estrella del mar	75
Génesis de inocencia	85
El valor de la palabra	95

La postrera profecía	111
El factor desencadenante	115
NoE-lío	125

Prólogo

Tenemos en nuestras manos el libro de Miguel Mesa, Testigos del destino, en el que a través de quince relatos nos da una idea de sentimientos reales, en los que se mezcla una serie de vivencias muy sentidas entrelazadas en algunos casos por misterios, que parecieran que nos transportan a otros tiempos.

Con decidido lenguaje, nos va desgranando historias normales, que poco a poco hacen caer en un desasosiego constante, que te dejan sin palabras pero con la sensación de que son cosas que les pasan a otros, en los que nunca se descubre si son hechos reales o simples textos novelados, aunque en apariencia bien podrían ser historias de algún tiempo pasado.

Al mismo tiempo todo el libro está marcado por un sentimiento de amor, de amores perdidos, de amores incomprendidos, de sufrimientos incontrolados, de pérdida de la ilusión.

Así, nos encontramos con Transmutación, que nos lleva a un amor prohibido públicamente, pero no en el interior de

las personas, lo que provoca que ese amor se convierta en una estatua y en el desasosiego del protagonista, o Invasión, que trata de la enfermedad sin solución. Asimismo, tenemos El factor desencadenante, otra muestra de amor desmesurado que lleva a la tragedia por la falta de confianza.

Pero en uno de ellos, Aguafuerte, es donde el misterio se mezcla con el arte para no saber quien está detrás de todo esto. Con esta temática de enigma sin resolver, nos encontramos con El clon de la estrella del mar, donde mezcla la intriga con la ciencia en un final desconcertante.

Y la guerra. También la guerra está presente en estos relatos. La dureza, la sinrazón, están expuestas claramente en el relato titulado Deber de obediencia.

Y así en todos sus relatos, nos adentra en un mundo sin remedio, sin solución, no hay un atisbo de alegría que trate de ocultar la cruda realidad. Son relatos para unos instantes, que cuando se trata de adentrarse en ellos, no duran un instante, nos hacen pensar y se hacen eternos.

ManÁ

Por el lado que se la coja. Llanamente y aún mermado en buena parte, por ser sólo un jirón de lo que te pudiera llegar a detallar pausadamente de ella. Al tanto de sus trapacerías, que omito para no escarnecer más su persona. ¡Una cualquiera eso es lo que era! Una pendanga rescoldo de todo vicio sin orden ni concierto a lomo y envés. De las que no hallas en su pellejo pedazo virgen por aparejar. Conforme toda su puta casta, acopio de lujurias se las vio.

Hazte que la madre, comezón de entrepiernas sin impedimentos de edad, principada del negocio y dechado de virtudes para su menester de alcahueta. No pasó de largo por los anales del municipio y anejos que brincaban los límites provinciales en sus desvariadas ardidés. A juicio de varón que se precie por tal. Siempre apretó quejosa, que nunca se dio por harta en el trajín o destajo del jolgorio carnal. Tres hijas en ristra y apego que la ganan en arteras, sutilezas e inclinación. Engendradas más por apaciguar sus ardores de perra en celo en olfato de jauría, que por

retribución dineraria, en amalgama a los abortos de un sí y otro también, alboroto de comadre matarife del engorro, sin que ajustara cintura en sus antojos, a cuarentenas o desates propios de la mujer. ¡Mírales por enteros!, y cada uno de cuajar el feto en humano. El vivo espejo del primer cantamañanas o figurín que se dejara caer por la zorrera.

¿Y qué tal sufres de la prenda del que se las ufana-ba de padre? Lo lleva de raza. Grandón de hechuras y mansedumbre como todo buen cabestro copartícipe del montante. ¡Acortando veredas! Más tiempo habríamos de otras cien noches acodados a la barra, sólo para referir si-quiera sus andanzas de bujarrón o relamidos mirando. Un punto donde poner repegado al olor del guiso. De los que respiran por la herida. Aunque te cueste. El muy cabrito puestos los ojos en mi fortuna y derroche a manos que no conocieron espinas al meterlos en los bolsillo. Sin asomo de empacho en el saqueo de mis caudales y a dentera de mi placer. Todo diligente, nunca le faltó esfuerzo o desmayo aprestando jergones, prefiriendo contrariar, amplia clientela que enojar mi persona, por si en uno no alcanzaba la plena satisfacción, en otro se cumpliera con colmo mi regocijo, hasta avenirme a querencia con la menor.

¿Qué decir de mi inexperiencia? Al sentir de avezado en lupanar y a ojo de buen cubero, ¡nadie pagó tanto por tan poco! Dejémoslo en que les merqué cantera de pedregal por mina de pedrería, a aquel avispero de la avaricia y sexo desenfrenado.

Así que raro fuera que no se les viera a la cepa por entero, como niños que comen moras y en descabro por los agarres con las vecinas. Sobre todo con el julepe de la

Chiva. Acá hizo historia y a poco que dura un tanto más, cabecera de diario nacional.

Ésta, La Chiva, a honor y gala del apodo, una venada de armas tomar que andaba desairada por el cónyuge al que le espoleaban escrupulosamente por turnos y con tesón sus desvaríos extramatrimoniales a trueque de la paga de su jubilación en las alemanias. Al remate hubieron de escurrir el bulto a rabo en patas y chirimías de antiguas plañideras, por sano consejo parroquial, hasta la ciudad. Verás, que en la distancia todos los perros son mansos.

Pero coño, ¡bebe, que nos llenen! Y de su hermana la mayor, a que pormenorizar sus virtudes harto pregonadas hasta la saciedad en concordato de taberna y alabanza en barbería por francos lugareños. Sin necesidad de que nadie la aplicara, desde recién a gatas llevada de su signo de Virgo. Ya barruntaba un desparpajo de andar sin bragas y espatarrarse. Haciendo la carrera en las rascas del enero, la vi dando tumbos en abrigos de su niñez, por una de las avenidas en una de mis raras escapadas a la capital. La de en medio, la Reminía, algo tarda y de pocos ascos, a decir verdad. Por sacar siquiera grano de parva. Pesar sentí todavía ayer, recordando viejos sesteos. Ya arrienda lápida de nicho. Pronto pagó lo cobrado en el apenas frisar de sus dieciocho. De lo oído que fue de un sidazo o venérea de bubas, endoso de un canijo encuerado en tatuajes venido de legión, que sin menospreciar sus aspiraciones de hachís y ensoberbecidos de coca. Se las maliciaba a grescas con los civiles ofertando estímulos por los anejos universitarios. Como a encauzar con firmeza y disciplina de aguerrida bandera del tercio, al amplio redil, desperdigado por las

esquinas. De ahí no se más, ni me dio por inquirir. Con eso todo queda dicho.

A ver Irenina, ¡ponnos otros dos! Estas rusas, al paso de otras mangas le entran de seguidas en alcanzarlas, al carrete de los desposorios y arrejuntos. Así que al tajo y sin preámbulos cuando el cuerpo reclama con urgencia sus necesidades desmadradas y ahí quedas en fondeadero envarada hasta que engruese de nuevo la pujanza. O acabas signando gananciales y patrimonio en altar o alcaldías dándoles vuelos a sus aspiraciones de legalizar su situación de sin papeles o mudanza de estado y cortijo.

Pues como te decía. ¡Cómo trastocó el cuento! La muy buscona se largó de corrido arramblando con todo lo que pudo de lo que ya escaseaba pronosticando mi ruina, en un apenas pestañear. Fue con un no tiene ni qué, petimetre del banco, que le trasladaron a chanchullo de poltrona política o clerical, ¡vete a saber! Como director de una oficina de barrio en la ciudad. El sobrado de ladino que parecía andar de pardillo, levantó la pieza poniéndola en vastos antecedentes de mis trampas y requerimientos y la muy rastrera antes de verse en aprietos de tirar de veta o a honra de currante caviló por raso; “Paco, se te cayó el mito y si la cabra anda al pasto del monte, para qué atarse a pesebre vacío”.

Pegaron duro, pero no creas que no me sobran cojones para ir a volarles los sesos. Por quien lo dude, de arriesgados penden reputaciones. Al extremo, que sabido donde derrengaban sus instintos, apretando la cincha me aposté arriscado por los andurriales para asestarles la gracia. Pero hay días que pintan corduras y en mis cabales sentencí; “Paco, frénate y tente, al cabo, agencias paz por

guerra”, dándome entonces por bien pagado y gabelas de prevenido, con su pronto najo.

La de vueltas que da el mundo. Y las novedades de hoy, son las mismas que vieran los siglos. Quién le iba a decir al poco y a la zaga las que pudo en las siguientes. Serían por donde repuntaba Sol en sus prontas albas, como las seis de la mañana. Las confirmaron campanadas que se vinieron sordamente desde la lejana torre de la iglesia. El reloj le dejó en cuanto faeno en arriates a charcas. Le tengo fuerte apego. A crédito y fama de mi padre y en mi caso, por ser hijo único, no se pueda decir de tal palo tal astilla. En fin, que andaba ahora todo mohíno en la recogida del poco fruto que daba aquel año la tierra. Y fíjate, con el tiempo que hace de aquello y sin menosprecio de nadie, vas a ser el primero al que le desvelo. Te prestas a confianza. Pues a lo que iba, que entre semillas abonos, mayoristas encajando precios y recaudadores rapiñando a vista de hurón, y cuando te vienen mal dadas, jéchale sequía o pedrisco arrasando por parejo especulaciones! Mas que digan los capitalinos que los pueblerinos siempre andamos a recital de jeremías y quejas de puro vicio. Total nada había del terciar la merca y faltaban posibles de lo puesto por empréstitos hasta aún después de su recolecta. Todo fechas antes de la notificación del juez para hacer buena la ejecución de los embargos. Cuando vi la avioneta que rechinando en traquido de asmática, volaba como demasiado baja. Casi raspando cardos y tomillares para lo que le quedaba por subir y me dije; “Paco, ésta se la va dar”, y ostias si se la dio en remolino contra la falda de una barranquera a medio emerger por la contraluz.

Corrí cuanto pude hacia el lugar por si fuera de ayuda, y en un tizne de fuerte olor a bencina, cauchos y plásticos en quema de desechos de invernaderos. Toda ella era mero amasijo de hierros en llamas que enardecían rachas de viento. De los ocupantes no había a quien o parte ponerle cirio. Un asurado de tripas por acá, por allende un reventadero de osamentas enclavijadas a la escabrosa tierra, apenas costillares desollados de magros, y lo faltado para hacerse algo a un semejante por amortajar para sepultura en campo santo, regaba por tanto y cuanto, como en un picado de viruelas, varicela o sarampión, desmontes y vaguada.

Un puro cisco al que hubo de recogerse a la postre en un tronar zumbido de moscardas, con azada y rastrillo y quedaba buena parte para abonar los herbazales del otoño si le diera a éste por desaguar. El pedazo más grande no llegaba a un puño. Y he por donde que entre los restos desperdigados del equipaje, sólo quedaba por hacerse trizas un maletín de mano.

Viendo que no había nada que hacer por los hombres, ni después de estirar hasta allá de los horizontes la vista, ora al llano, otrora al monte. Hombres que a llamada de rebato allí acudieran. Le cogí esperando con todo un rato que se me salía el corazón por la boca, por si acaso a los oídos llegara algún retazo de murmullo humano. Casi el silbido de los mirlos y zureos de paloma torcal en celo, y para en un quieto silencio sepulcral.

Sin partes presentes, reculo el bulto echando el resto del resuello, que me faltaba piso donde poner zanca, en un rodeo hasta mi casa de heredad materna al otro extremo del pueblo. Como sus otros predios en vega y agregados en

secano con afanado tesón y privaciones, hartos acrecentados hasta su partida de este advenedizo mundo. Los dispuse a destiempo. Si en algo pudo pecar la pobre madre, yo fui su penitencia. Aún pesan lutos. Resultas de migrañas en la conciencia. Le quedaba un mucho para la otra. De haber. Juzga tú. Reclinada estará en su Santo Seno, sólo de mal sufrir el hilo de mis continuas calaveradas.

Sin esperar a cargar el pecho siquiera. Le descerrajo todo desteñido haciendo palanca con cincel. Y a dos manos metidas en azada hasta los fondos, ¿y qué te dirás que me encuentro? ¡Créetelo! Uno que nunca tragó en eso de los milagros, y puede que sí. Como maná providencial venido del Arriba en mi amparo. Allí estaba, hasta los mismos topes de fajos de billetes de los grandes.

Luego supe por Celestino el del bar que eran traficantes de hachís que bajaban al moro a por el costo. ¡No le andan con remilgos en la financiación de los medios de transporte! Pero de lo aventurado en el matute, ni una palabra. Así nadie sabría de cuantos fardos iba el montante. El caso es que por acá vinieron durante unos meses gente en olor a su catadura agarrados al viaje con el pretexto de comprar tierras, costaba creer, para polígono o urbanización. Hasta que se cansaron de prestar oídos a trueque de enriquecer a Celestino y a la dueña de este club de alterne, por lo que dejaron de asentar pie en lares tan estrechos, dándole lo volado como gaje del azar. No había tuerca por apretar. Media comarca se dejó caer por las lindes del suceso. Tampoco podían desperpear los galgos de la justicia montando circo.

¿Yo, entonces? Te preguntarás. Pues que cerrado un capítulo abrí nuevo libro. Me replegué en gastos, más que

sudara en ello. ¡Canutas las pasé! Hasta un tiempo prudencial que aplacara la torrencial de sus pesquisas. Incluso. ¿Te da que en ese entonces, de tientos y sigilos con el dinero?, de cuidar con mesura y sensatez, durara hasta helar los infiernos. Tomé tierras en arriendo a más de las mías liberadas de empréstitos, maquillando gananciales. Claro que a toro pasado tornas a tu ser. Y al poco acá, que renueven circunstancias; vuelta a empezar, y lo aguantado en largo lo relames de un nada. Es difícil de reconocer por uno. Pero nacemos enraizados a un sino mientras sobre hálito de vida, por más que te resistas a ello. Como toda moneda, al envés de la cara, luego cruz. Cada con el rumbo hecho, tal parece.

De que vale reconvenirse. Y si no. ¿Qué me dirás de la Nati? ¡Córtate! Que la muy mohatrera en su atrevimiento, vuelve de recusa a buscarme en sus apuros. Ahora mansa, melosa y cariacontecida. Otra era hoy, la que allá donde las haya hace castas lo más granado de la cofradía. ¡Hasta ahí seríamos! Poco sabía de mis adentros cuando se me enrabia la sangre. No se previno a mi pronto reviento, tardo olvidar y medios a mano. Por donde las trajo se fue con el respunte de mi alias detallado en su jeta, tras larga invernada por despertar en clínica.

Como sentencian por éstas; la cala del melón se llevó el melonar. ¿Se te figura que no me dolieran prendas de la bulla? Ni me dolerán cuando con el otro me las pueda. Tiempo al tiempo. No soy hombre de juramentos, si no de palabra que vale tanto como fe notarial y te digo que nunca se me pudrieron venganzas en la espera por las malas pasadas que me hicieron. Ése, ha de renegar hasta de su

madre por ser mujer. ¿La Nati? En el destape del corcho se las busca entreverada a macarra por un lado y apeñuscada a dueña por demás.

Pero eso sí, de arrejuntarme yo con otra; por no ser malo no es mejor para ciertos. ¡Otra vez nada! Ya separé corazón de bragueta. Cuando pican crestas vengo a que me espulguen. Ve tú a saber que sería de mundo sin ellas. De que se las traen pederastas, sodomías y violadores sino de andarles con miedos o a falta de beber agua de santuario de prostíbulo. En este adelante. Por si las sospechas. No te duelan prendas de los dineros que inviertas en ello. Todo desvió de los naturales instintos del hombre, resuelve un buen hacer del oficio. Ahora lo puedo contar de lleno porque estoy bien jodido. Como al principio del logro pasado. ¡No hay de donde! Con la soga al cuello, lidiando el toro de la vida. Sin un puto duro y a tregua del tiempo, lo embargado hasta los ojos, por perdido.

Mientras Paco, aquel hombre que tentó la suerte con su locuacidad compartiendo sus confidencias sin conocerme, culebreaba en aprietos hacia los oscuros servicios, apenas señalizados por el rojo del neón, en pátina de humos alquitranados de tabaco. Le dije a la camarera una mulata brasileña. Toda ella llena de más, que de buen ver. Ya con el sueño embotando mis sentidos. Que nos pusiera otros dos cubatas prometiéndome a mí mismo que serían los últimos por esa noche. Ahora tocaba que hacer con él. ¿Si consistiera en mí? Como dijo; el destino de las personas está impreso. Nunca creí dar y al fin di por resuelto el dónde y el quien del dinero perdido en el accidente. Todo fue saber esperar en el tiempo y el lugar oportuno.